

Hoffmann, presidente de los jacobinos en Maguncia; habéis prohibido la circulación del diario *El Padre Duchesne* y el de la Montaña en vuestro ejército; dijisteis que Marat y Robespierre eran perturbadores, y os habéis rodeado de oficiales aristócratas, sin que jamás se hayan visto en vuestra mesa buenos republicanos.» Estos cargos eran mortales, y los verdaderos por los cuales se perseguía á Custine.

El proceso se continuó con lentitud, pues las imputaciones eran tan confusas, que el tribunal vacilaba. La hija de Custine y muchas personas que se interesaban por él habían dado algunos pasos, porque en aquella época, y aunque el temor fuese ya muy grande, osábase aún manifestar algún interés por las víctimas. Entonces denunciaron á los jacobinos al mismo tribunal revolucionario. «Me es muy doloroso, dijo Hebert ante aquellos, tener que denunciar una autoridad que era la esperanza de los patriotas, que mereció desde luego su confianza, y que muy pronto se convertirá en su azote. El tribunal revolucionario está á punto de absolver á un malvado, en cuyo favor empeñan á todo el mundo las mujeres más bonitas de París. La hija de Custine, tan hábil comedianta en esta ciudad como lo era su padre á la cabeza de los ejércitos, ve á todo el mundo y todo lo promete para obtener su gracia.» Robespierre denunció por su parte el espíritu de doblez y la afición á las formalidades que se había desarrollado en el tribunal, y sostuvo que sólo por haber querido dejar á Lila sin guaranición merecía Custine la muerte.

Vincent, uno de los testigos, había vaciado las carpetas del ministerio para recoger las cartas y órdenes atribuidas á Custine, y que seguramente no constituían crimen alguno. Fouquier-Tinville dedujo de ellas un paralelo entre Dumouriez y Custine, que acabó de perder al desgraciado general. Dumouriez, dijo, había avanzado rápidamente por Bélgica, para abandonarla después con igual prontitud, entregando al enemigo soldados, almacenes y representantes. Del mismo modo, Custine adelantó rápidamente por Alemania, abandonando nuestros soldados en Francfort y Maguncia, y había querido entregar con esta última ciudad veinte mil hombres, dos representantes y toda nuestra artillería, sacada malignamente de Estrasburgo. Así como Dumouriez, renegaba de la Convención y de los jacobinos y mandaba fusilar á los intrépidos voluntarios bajo el pretexto de mantener la disciplina. Ante este paralelo, el tribunal no vaciló más; Custine justificó durante dos horas sus operaciones militares, y Tronsón-Ducoudray defendió su conducta administrativa y civil; pero todo fué inútil. El tribunal declaró al general culpable, con gran alegría de los jacobinos y de los franciscanos, que llenaban la sala y dieron ruidosas muestras de su satisfacción. Sin em-

bargo, Custine no había sido condenado por unanimidad: en las tres preguntas se contaron sucesivamente contra él diez, nueve y ocho votos por once; pero como el presidente le preguntara si tenía algo que añadir, miró á su alrededor, y no viendo á sus defensores, contestó: «Ya no tengo quien me defienda; muero tranquilo é inocente.»

Al otro día por la mañana fué ejecutado. Este guerrero, que se distinguió por su gran bravura, quedó sorprendido á la vista del cadalso; pero arrodillándose al pie de la escalerilla, rezó una breve oración, tranquilizóse y recibió la muerte con valor. Así acabó aquel desgraciado general, que no carecía de talento ni de carácter, aunque reunía á la inconsecuencia la presunción, y que cometió tres faltas graves: la primera, salir de su verdadera línea de operaciones, dirigiéndose á Francfort; la segunda, negándose á volver cuando le llamaban; y la tercera, permaneciendo en la más tímida inacción durante el sitio de Maguncia. Sin embargo, ninguna de estas faltas merecía la muerte; pero sufrió el suplicio que no se pudo aplicar á Dumouriez, y que no había merecido, como éste, por grandes y culpables proyectos. Su muerte fué un terrible ejemplo para todos los generales y el estímulo para obedecer ciegamente las órdenes del gobierno revolucionario.

Después de este acto de rigor, las ejecuciones no debían suspenderse ya; renovóse la orden de apresurar el proceso de María Antonieta; el acta de acusación de los girondinos, tantas veces pedida y jamás redactada, fué presentada al fin á la Convención por Saint-Just, que era su autor, y las peticiones de los jacobinos obligaron á la Convención á aprobarla. Dirigiase no sólo contra los veintidós, y los individuos de la comisión de los doce, sino también contra setenta y tres individuos de la derecha, que guardaban un silencio absoluto desde la victoria de la Montaña, y que habían redactado una protesta muy conocida contra los acontecimientos del 31 de mayo y del 2 de junio. Algunos montañeses furiosos querían la acusación, ó sea la muerte, contra los veintidós, los doce y los setenta y tres; pero Robespierre se opuso, proponiendo un término medio, cual era enviar al tribunal revolucionario á los veintidós y á los doce, arrestando á los setenta y tres. Hízose todo lo que quiso, las puertas del salón quedaron al momento tomadas, prendióse á los setenta y tres, y se dió orden á Fouquier-Tinville para que se apoderase de los desgraciados girondinos. De este modo la Convención, cada vez más débil ó más cobarde, se dejó arrancar la orden de conducir al suplicio á una parte de sus colegas. Verdad es que ya no podía diferirlo, porque los jacobinos habían hecho cinco peticiones, á cual más imperiosas, para obtener aquellos últimos decretos de acusación.

CAPÍTULO XIV

Continuación del sitio de Lyon. — Toma de esta ciudad. — Decreto terrible contra los lioneses insurreccionados. — Progresos del arte de la guerra; influjo de Carnot. — Victoria de Watignies. — Levántase el bloqueo de Maubeuge. — Vuelven á principiar las operaciones en la Vendée. — Victoria de Chollet. — Fuga y dispersión de los vendeanos del otro lado del Loira. — Muerte de la mayor parte de sus principales jefes. — Descalabro en el Rhin. — Pérdida de las líneas de Wisemburgo.

Cada nuevo descalabro despertaba mayor energía revolucionaria, y ésta contribuía á obtener los triunfos, habiendo sucedido siempre así durante esta campaña memorable. Desde la derrota de Neerwinden hasta el mes de agosto, una continua serie de desastres había promovido, al fin, esfuerzos desesperados; el aniquilamiento del federalismo, la defensa de Nantes, la victoria de Hondschoote, y el levantamiento del bloqueo de Dunkerque habían sido el resultado de estos esfuerzos. Nuevos reveses en Menín, en Pirmasens, en los Pirineos, y en Torfou y Corón, en la Vendée, acababan de producir un nuevo impulso de energía, del que debía resultar un éxito decisivo en todos los teatros de la guerra.

De todas las operaciones, el sitio de Lyon era aquella cuyo fin se esperaba con más impaciencia. Hemos dejado á Dubois-Crancé acampado ante esta ciudad con cinco mil hombres de tropas regulares y de siete á ocho mil quintos. Hallábase expuesto á tener muy pronto á sus espaldas á los sardos, á quienes no podría ya contener el reducido ejército de los Grandes Alpes; y como ya hemos dicho, se había situado al Norte, entre el Saona y el Ródano, ante los reductos de la Cruz Roja, en vez de hacerlo en las alturas de Santa Fe y de Fourviers, situadas al Oeste, por las cuales hubiera debido dirigir el verdadero ataque. El motivo de esta preferencia se fundaba en más de una razón: importaba ante todo conservar las comunicaciones con la frontera de los Alpes, donde se hallaba el grueso del ejército republicano, y desde donde los piemonteses podían acudir en auxilio de los lioneses; y en esta posición teníase además la ventaja de ocupar el curso superior de los dos ríos, pudiendo interceptar los víveres que bajaran por el Saona y el Ródano. Verdad es que el Oeste quedaba así libre para los lioneses, y que podrían hacer continuas excursiones hacia Saint-Etienne y Montbrison; pero anunciábase todos los días la llegada de los contingentes de Puy-de-Dome, y una vez reunidos éstos, Dubois-Crancé podía completar el bloqueo por el Oeste, eligiendo entonces el verdadero punto de ataque. Entretanto, contentábase con estrechar al enemigo de cerca, cañonear la Cruz Roja por el Norte, y comenzar sus líneas en el Este, delante del puente de la Guillotiere. El transporte de municiones era difícil y lento; era preciso traerlas de Grenoble, del fuerte Barrault, de Briançon y de Embrún, debiendo recorrer hasta sesenta leguas de montañas. Estos acarreo extraordinarios no

podían efectuarse sino por medio de requisición forzosa, y poniendo en movimiento cinco mil caballos, pues debían conducirse hasta Lyon catorce mil bombas, treinta y cuatro mil balas de cañón, trescientas mil libras de pólvora, ochocientos mil cartuchos y ciento treinta piezas de artillería.

Desde los primeros días de sitio se anunciaba la marcha de los piemonteses, que bajaban por el pequeño San Bernardo y Monte-Cenis. Kéllermann partió al punto, en vista de las reiteradas instancias del departamento del Isere, dejando al general Dumuy para reemplazarle en Lyon, aunque sólo en apariencia, porque Dubois-Crancé, representante y hábil ingeniero, dirigía por sí solo todas las operaciones del sitio. Para acelerar el alistamiento de los quintos de Puy-de-Dome, Dubois-Crancé destacó al general Nicolás con un reducido cuerpo de caballería; pero éste fué cercado en el Forez, quedando en poder de los lioneses. Dubois-Crancé destacó entonces mil hombres de buenas tropas, con el representante Javoques, cuya misión fué más feliz, pues contuvo á los aristócratas de Montbrison y de Saint-Etienne, alistando unos siete ú ocho mil campesinos, que fueron conducidos delante de Lyon. Dubois-Crancé los situó en el puente de Oullins, al Noroeste de Lyon, de manera que entorpeciesen las comunicaciones de la plaza con el Forez. Mandó llamar al diputado Reverchón, que había reunido en Macón algunos miles de quintos, y los colocó en lo alto del Saona, completamente al Norte.

De este modo comenzaba el bloqueo á ser un poco más riguroso, pero las operaciones eran lentas, y los ataques á viva fuerza imposibles; las fortificaciones de la Cruz Roja, entre el Ródano y el Saona, ante las cuales se hallaba el cuerpo principal, no podían ser tomadas por asalto. Por el lado del Este y de la orilla izquierda del Ródano, el puente de Morand estaba defendido por un reducto en forma de herradura, construido hábilmente; en el Oeste, las marcadas alturas de Santa Fe y de Fourviers no podían ser tomadas tampoco sino por un ejército vigoroso, y por el momento no debía pensarse sino en interceptar los víveres, estrechar la ciudad é incendiarla. Desde principios de agosto hasta mediados de septiembre, Dubois-Crancé no pudo hacer otra cosa, y en París se quejaban de su lentitud, sin querer apreciar los motivos. No obstante, había ocasionado ya graves daños á esta desgraciada ciudad: el incendio había devorado la magnífica plaza de Bellecour, el arsenal, el

barrio Saint-Clair y la puerta del Temple, destrozando sobre todo el magnífico edificio del hospital, que se eleva tan majestuosamente en la orilla del Ródano. Los lioneses no resistían por eso con menos tesón: habíase circulado entre ellos la noticia de que cincuenta mil piamonteses iban á presentarse ante la ciudad; los emigrados no escaseaban las promesas, aunque sin ir á reunirse con ellos; y aquellos honrados comerciantes, sinceramente republicanos, veíanse reducidos por su falsa posición á desear el funesto y vergonzoso auxilio de los emigrados y del extranjero. Sus sentimientos se dieron á conocer más de una vez de una manera nada equívoca: deseando Precy enarbolar la bandera blanca, reconoció muy pronto la imposibilidad de hacerlo. Habiéndose creado un papel obsidional para las necesidades del sitio, y como quiera que en la filigrana de este papel hubiese flores de lis, fué preciso destruirle y fabricar otro. Los lioneses eran republicanos; pero el temor á las venganzas de la Convención, y las falsas promesas de Marsella, de Burdeos y de Caén, y sobre todo de los emigrados, les arrastraron á un abismo de errores y desdichas.

Mientras se alimentaban con la esperanza de ver llegar á cincuenta mil sardos, la Convención había mandado á los representantes Couthón, Maignet y Chateaufort-Randón que pasasen á la Auvernia y á los departamentos confinantes para determinar un levantamiento en masa; y que Kéllermann avanzara por los valles de los Alpes al encuentro de los piamonteses.

Magnífica era la ocasión que se presentaba á estos últimos para acometer una grandiosa y audaz tentativa, que hubiera podido tener brillantes resultados; consistía en reunir sus principales fuerzas en el pequeño San Bernardo y caer sobre Lyon con cincuenta mil hombres. Sabido es que los tres valles de Sallenche, de Tarantesa y de Mauriena, que se unen formando espiral, nacen del pequeño San Bernardo y van ensanchándose sobre Ginebra, Chambéry, Lyon y Grenoble. No habiendo en estos valles más que pequeños destacamentos franceses diseminados, bajar rápidamente por uno de ellos y venir á colocarse en su desembocadura, era un medio seguro, según los principios del arte, para coger prisioneros á todos los destacamentos internados en aquellas montañas. Poco temible era la adhesión de los saboyanos á los franceses, puesto que con asignados y las quintas no habían conocido más que los gastos y los rigores de la libertad. El duque de Montferrato, encargado de la expedición, no tomó consigo más que unos veinte ó veinticinco mil hombres; mandó un cuerpo de sus tropas por la derecha al valle de Sallenche, y por la izquierda al general Gordón con otro á correr la Mauriena, bajando él con la fuerza principal á la Tarantesa. Su lentitud fué tanta, que empezando el movimiento el 14 de agosto duró hasta septiembre, mientras que los franceses, muy inferiores en número, opusieron una resistencia enérgica é hicieron durar la retirada diez y ocho días. Llegado al fin á Moustier el duque de Montferrato, trató de unirse á Gordón en la cordillera del Gran-Lobo, que separa los valles de la Tarantesa y Mauriena, sin pensar de ningún modo en marchar rápidamente á Confláns, punto de reunión de los valles. Esta lentitud y sus veinticinco mil hombres prueban bastante el deseo que tenía de ir á Lyon.

Durante aquel tiempo, Kéllermann, que había llegado de Grenoble, reunía los guardias nacionales del Isere y de los departamentos vecinos, reanimando á los saboyanos que principiaban á temer las venganzas del gobierno piamontés, y viéndose ya con unos doce mil hombres, mandó reforzar el cuerpo de tropas del valle de Sallenche, y marchó el 10 de septiembre á Confláns, á la salida de los dos valles de la Tarantesa y Mauriena. En tanto llegaba al duque de Montferrato la orden de marchar adelante; pero Kéllermann se anticipó á los piamonteses, atreviéndose á atacarlos en la posición de Espierre, que habían tomado en la cordillera del Gran-Lobo para comunicarse con los dos valles, y no pudiendo forzar esta posición de frente, resolvió la cercase un destacamento, que aunque formado de soldados medio desnudos, hizo, sin embargo, prodigios de valor, y á fuerza de brazos subió los cañones á alturas casi inaccesibles. De repente empezó á tronar la artillería francesa sobre la vanguardia de los piamonteses, que llenos de terror se retiraron al instante: Gordón al valle de Mauriena junto á San Miguel, y el duque de Montferrato otra vez al centro del de Tarantesa. Kéllermann, molestando al duque por sus flancos, le obligó en breve á subir hasta San Mauricio y San Germán, lanzándole, por último, el 4 de octubre más allá de los Alpes. De esta manera, la campaña corta y dichosa que hubieran podido hacer los piamonteses desembocando con dobles fuerzas, y bajando por un solo valle contra Chambéry y Lyon, se malogró en esta ocasión por las mismas razones que siempre hicieron inútiles todas las tentativas de los aliados y que salvaron la Francia.

Mientras los sardos eran rechazados más allá de los Alpes, los tres diputados enviados al Puy-de-Dome para determinar un levantamiento en masa, sublevan los campos, predicando una especie de cruzada y persuadiendo á todos que Lyon, lejos de defender la causa republicana, era el punto de reunión de las facciones, de la emigración y del extranjero. El paralítico Couthón, dotado de una actividad que no podían vencer sus achaques, suscitó un levantamiento general, y mandó salir primero á Maignet y Chateaufort con una columna de doce mil hombres, quedándose detrás para conducir otra de veinticinco mil y hacer las provisiones de víveres necesarias. Dubois-Crancé situó estas nuevas tropas por el lado del Oeste hacia Santa Fe, y completó así el bloqueo; recibió al mismo tiempo un destacamento de la guarnición de Valenciennes, que, según los tratados, no podía, como el de Maguncia, servir más que en el interior, y colocó destacamentos de tropas organizadas delante de los quintos, de modo que formasen columnas numerosas. Su ejército se componía entonces de unos veinticinco mil reclutas y ocho ó diez mil soldados aguerridos.

El la noche del 24, mandó tomar el reducto del puente de Oullins, que conducía al pie de las alturas de Santa Fe. Al día siguiente llegó el general Doppet, saboyano, que se había distinguido á las órdenes de Carteaux en la guerra contra los marseleses, para substituir á Kéllermann, depuesto poco hacía por su escaso celo, dejándole sólo los días precisos de mando para acabar su expedición contra los piamonteses. En seguida se convino el general Doppet con Dubois-Crancé para el asalto de las alturas de Santa Fe, y se hicieron todos

los preparativos para la noche del 28 al 29 de septiembre. Llegado el momento, se dirigieron simultáneamente columnas de ataque por la parte de la Cruz Roja hacia el Norte, al Este enfrente del puente Morand, y al Sur por el puente de la Mulatiere, que estaba situado por debajo de la ciudad en la confluencia del Saona y del Ródano. El ataque formal debía empezarse por el puente de Oullins en Santa Fe, y no dió principio hasta el 29 á las cinco de la mañana, una hora ó dos después que los otros. Doppet, animando á sus soldados, se arroja con ellos al primer reducto y de allí al segundo con la mayor prontitud, por lo cual quedan tomadas la grande y pequeña Santa Fe. Al mismo tiempo la columna encargada de tomar el puente de la Mulatiere logra apoderarse de él y penetra por el istmo en cuyo extremo se reúnen los dos ríos. Iba ya á introducirse en Lyon cuando Precy acude con su caballería, consigue rechazar la columna y salva la plaza, mientras el jefe de la artillería, Vaubois, que había dirigido contra el puente Morand un ataque de los más impetuosos y penetrado en el reducto de la herradura, se vió obligado á abandonarle.

De todos estos ataques, sólo el principal, que era el de Santa Fe, obtuvo un resultado completamente satisfactorio. Pero faltaba ahora pasar desde estas alturas á las de Fourvieres, que estaban fortificadas más en regla y eran mucho más difíciles de tomar. La opinión de Dubois-Crancé, que obraba sistemáticamente y como sabio militar, era la de no exponerse al riesgo de otro asalto, fundándose en las razones siguientes: sabía que los lioneses, reducidos á comer harina de guisantes, sólo tenían víveres para algunos días, é iban á verse obligados á ceder; había visto su valor en la defensa de la Mulatiere y del puente Morand, y temía no saliese bien el ataque contra las alturas de Fourvieres y se desorganizase el ejército, precisando á levantar el sitio. «Lo que puede hacerse, decía, que más convenga á unos sitiados valientes y desesperados, es presentarles ocasión de salvarse en un combate. Dejémosles, pues, que perezcan de hambre por espacio de algunos días.»

En tal momento, 2 de octubre, llegó Couthón con una nueva leva de veinticinco mil campesinos de Auvernia. «Acabo de llegar, escribía, con mis rocas de Auvernia, y voy á precipitarlas contra el arrabal de Vaise.» Halló á Dubois-Crancé en medio de un ejército de que era jefe absoluto, á quien había impuesto las reglas de subordinación militar, y á cuya vista llevaba con más frecuencia su uniforme de general que el de representante del pueblo. Couthón se irritó al ver que un representante prefería á la igualdad aquella jerarquía militar, y no quiso en manera alguna oír hablar de una guerra regularizada, diciendo: «Yo no entiendo nada de táctica; llevo aquí con el pueblo, y su santa cólera triunfará de todo. Es preciso inundar á Lyon con nuestras masas y apoderarse de él á viva fuerza. Además, he prometido á mis labradores que los licenciaré el lunes, y es necesario que vayan á hacer su vendimia.» Era aquel día martes, y Dubois-Crancé, hombre de cierta ilustración y acostumbrado á tropas organizadas, miró con desprecio á aquellos paisanos reunidos en pelotones y mal armados, y propuso elegir entre ellos los más jóvenes é incorporarlos á los batallones ya organizados, despidiendo á los demás. No quiso escuchar Couthón

ninguno de estos prudentes consejos, é inmediatamente hizo que se decidiese el ataque de Lyon á viva fuerza sobre todos los puntos, con los sesenta mil hombres de que podía disponer, pues á este número había llegado con la nueva quinta la fuerza del ejército, y escribió al mismo tiempo al comité de salvación pública para que destituyese á Dubois-Crancé. El ataque se decidió en consejo de guerra para el 8 de octubre.

Llegó entretanto la deposición de Dubois-Crancé y de su colega Gauthier. Los lioneses miraban con horror al primero porque hacía dos meses se encarnizaba contra su ciudad, diciendo que no querían rendirse á semejante hombre. Couthón les hizo la última intimación el día 7, escribiéndoles que la Convención le había encargado á él con los representantes Maignet y Laporte la continuación del sitio, y se suspendió el fuego hasta las cuatro de la tarde, reproduciéndose á esta hora con la mayor violencia. Ya iban á disponer el asalto cuando se presentó una diputación á capitular en nombre de los lioneses; pero el objeto, según luego pudo comprenderse, no era otro que el de dar tiempo á Precy y á dos mil ciudadanos de los más comprometidos para salvarse en columna cerrada. Aprovecháronse, en efecto, de este intervalo, y salieron por el arrabal de Vaise para retirarse á Suiza.

Apenas comenzaron las conferencias, cuando penetró una columna republicana hasta el arrabal de San Justo: ya no era tiempo de proponer condiciones, prescindiendo de que tampoco las admitía la Convención; y el 3 entró el ejército, con los representantes á la cabeza. Los habitantes se habían ocultado; pero salieron en tropel al encuentro de las tropas victoriosas todos los montañeses perseguidos, disponiéndoles una especie de triunfo popular. El general Doppet sometió á sus tropas á la más severa disciplina, dejando á los representantes el cuidado de ejercer por sí mismos contra la infeliz ciudad las venganzas revolucionarias.

Entretanto, Precy, con sus dos mil fugitivos, marchaba hacia Suiza; pero habiendo previsto Dubois-Crancé que este sería su único recurso, hacía mucho tiempo que tenía guardados todos los pasos. Los infelices lioneses fueron perseguidos, dispersos y muertos por los campesinos, y sólo unos ochenta, incluso Precy, consiguieron llegar al territorio helvético.

Apenas entró Couthón, repuso á la antigua municipalidad montañesa, encargando que buscara y designara los rebeldes; dispuso que una comisión popular los juzgara militarmente, y escribió después á París, manifestando que había tres clases de habitantes: primero, los ricos culpables; segundo, los ricos egoístas; y tercero, los obreros ignorantes, que no perteneciendo á ninguna causa, eran tan incapaces para lo bueno como para lo malo. Era preciso guillotinar á los primeros y destruir sus casas, hacer contribuir á los segundos con toda su fortuna, y desterrar á los últimos, reemplazándolos con una colonia republicana.

La toma de Lyon produjo en París inmensa alegría, que compensó las noticias de fines de septiembre; mas á pesar del éxito, quejábanse siempre de la morosidad de Dubois-Crancé, imputándosele la fuga de los lioneses por el arrabal de Vaise, fuga en la que no se salvaron sino ochenta individuos. Couthón, sobre todo, le acusó de haberse constituido en general absoluto en su ejército.

to, de haberse presentado más á menudo con su uniforme de jefe superior que con el de representante, de haber hecho alarde de su táctica; y últimamente, de haber tratado que prevaleciese el sistema de los sitios regulares sobre el de los ataques en masa. Al punto instruyeron los jacobinos un informe contra Dubois-Crancé, que con su actividad y vigor había prestado, no obstante, tantos servicios en Grenoble, en el Mediodía y delante de Lyon; y al mismo tiempo preparó el comité de salvación pública decretos terribles á fin de que fuera más formidable y mejor obedecida la autoridad de la Convención.

He aquí el decreto presentado por Barrere, y que se expidió en el acto:

«Artículo 1.º La Convención Nacional nombrará, á propuesta del comité de salvación pública, una comisión de cinco representantes del pueblo, que se trasladará á Lyon sin demora para mandar prender y juzgar militarmente á todos los contrarrevolucionarios que tomaron las armas en aquella ciudad.

»2.º Todos los lioneses serán desarmados; pero se devolverán las armas á los que prueben no haber tomado parte en la rebelión, y á los que sean defensores de la patria.

»3.º La ciudad de Lyon será destruída.

»4.º Sólo se conservarán los hospicios, las fábricas, los talleres de artes, los hospitales, los monumentos públicos y los destinados á la enseñanza.

»5.º Esta ciudad dejará de llamarse Lyon, denominándose en lo sucesivo *Distrito independiente*.

»6.º Sobre los restos de Lyon se elevará un monumento con la siguiente inscripción: *¡Lyon hizo la guerra á la libertad: Lyon no existe ya!* (1).

La noticia de la toma de Lyon fué anunciada inmediatamente á los dos ejércitos del Norte y de la Vendée, donde debían darse los golpes decisivos, é invítóseles por una proclama á imitar el ejemplo del ejército de Lyon. Decíase al ejército del Norte: «El estandarte de la libertad ondea en las murallas de Lyon y las purifica: he ahí el presagio de la victoria; la victoria es hija del valor; y os pertenece. ¡Herid, exterminad á los satélites de los tiranos! ¡La patria os contempla, la Convención secunda vuestra generosa fidelidad; algunos días más, y ya no existirán los tiranos, y la república os deberá su felicidad y su gloria!» Decíase á los soldados de la Vendée: «Y vosotros también, intrépidos soldados, vosotros alcanzaréis la victoria; hace ya largo tiempo que la Vendée fatiga á la república; marchad, herid, acabad. Todos nuestros enemigos deben sucumbir á la vez; todos los ejércitos van á vencer. ¿Seréis vosotros los últimos en recoger laureles y merecer la gloria de haber exterminado á los rebeldes, salvando la patria?»

Según vemos, el comité no descuidaba nada para sacar el mayor partido posible de la toma de Lyon. Este acontecimiento, efectivamente, era muy importante, pues hacía desaparecer del Este de Francia los últimos restos de la insurrección, arrebatando toda esperanza á los emigrados que intrigaban en Suiza, y á los piamonteses, que no podían contar en lo sucesivo con ninguna

(1) Decreto del 18.º día del primer mes del año II de la República (9 de octubre de 1793).

ocupación. Además sujetaba al Jura, aseguraba la retaguardia al ejército del Rhin, y permitía llevar ante Tolón y los Pirineos auxilios de hombres y material, que eran ya indispensables; intimidábase, por último, á todas las ciudades que tuvieron inclinación á insurreccionarse, y se aseguraba su definitiva sumisión.

En el Norte era donde el comité trataba de desplegar mayor energía, imponiendo así á los generales y soldados el deber de hacer lo mismo. Mientras que la cabeza de Custine caía en el cadalso, Houchard era enviado al tribunal revolucionario por no haber hecho en Dunkerque todo cuanto pudo hacer. Los últimos cargos dirigidos al comité en septiembre último le habían obligado á renovar todos los estados mayores, y acababa de organizarlos completamente, confiriendo los más altos grados á simples oficiales. Houchard, coronel al principio de la campaña y general en jefe antes de que terminase, era acusado en aquel momento ante el tribunal revolucionario; Hoche, simple oficial en el sitio de Dunkerque, acababa de ser promovido al mando del ejército del Mosela; Jourdan, comandante de batallón, después general del centro en la jornada de Hondshoote, y por último general en jefe del ejército del Norte, eran notables ejemplos de las vicisitudes de la fortuna en aquellos ejércitos republicanos.

Estas súbitas promociones impedían que los soldados, oficiales y generales, tuvieran tiempo de conocerse é inspirarse confianza, pero daban una idea terrible de esa voluntad que hería así todas las existencias, no sólo en el caso de una traición probada, sino por una sospecha, por una insuficiencia de celo, por una semivictoria; y resultaba de aquí una completa abnegación por parte de los ejércitos, y esperanzas sin límites en los genios bastante audaces para arrostrar las peligrosas alternativas á que estaban expuestos los generales.

A esta época deben atribuirse los primeros progresos del arte de la guerra. Sin duda que los principios de este arte fueron conocidos y practicados en todo tiempo por los capitanes, que unían á la audacia de espíritu la de carácter; aún recientemente, Federico acababa de dar el ejemplo de las más sabias combinaciones estratégicas; pero cuando el hombre de genio desaparece, dejando su lugar á los hombres vulgares, el arte de la guerra vuelve á caer en el sistema de la prudencia y de la rutina. Se combate eternamente para la defensa ó el ataque de una línea; se llega á ser hábil en calcular las ventajas de un terreno, adaptando cada especie de arma; pero con todos estos medios se disputa durante años enteros la posesión de una provincia que un capitán atrevido podría tomar valiéndose de una maniobra, y esta prudencia de la medianía cuesta más sangre que la temeridad del genio, porque sacrifica los hombres sin resultados. Así habían hecho los sabios tácticos de la coalición: á cada batallón oponían otro; guardaban todos los caminos amenazados por el enemigo, y mientras que con una atrevida marcha hubieran podido aniquilar la revolución, no se atrevían á dar un paso por temor de descubrirse. Faltaba regenerar el arte de la guerra. Formar una masa compacta, inspirarle confianza y valor, conducirla rápidamente más allá de un río, de una cadena de montañas, sorprender á un enemigo que no le espera, dividiendo sus fuerzas y aislando sus recursos, para apoderarse de su capital, era un arte difícil

y grandioso que exigía genio, que no se podía desarrollar sino en medio de la fermentación revolucionaria.

La revolución, poniendo en movimiento todos los ánimos, preparó la época de las grandes combinaciones militares. Por lo pronto fué causa de que se acumulara un inmenso número de hombres, mucho mayor del que se había reunido hasta entonces para defender á los reyes; después excitó la impaciencia de alcanzar triunfos extraordinarios; excitó la repugnancia á los combates lentos y metódicos, y sugirió la idea de las irrupciones repentinas y numerosas en un mismo punto. Por todas partes se decía: es preciso batirse en masa. Este era el grito de los soldados en todas las fronteras, y de los jacobinos en los clubs. Al llegar Couthon á Lyon, había contestado á todos los razonamientos de Dubois-Crancé, diciendo que era preciso dar el asalto en masa. En fin, Barrere había presentado un luminoso y profundo informe, en el cual demostraba que la causa de nuestros reveses eran los combates parciales. De este modo, formando cuerpos compactos, inspirándoles audacia, desterrando de ellos la rutina, y comunicándoles el espíritu y el valor de las innovaciones, la revolución preparó el renacimiento de la gran guerra. Este cambio no podía efectuarse sin desorden: algunos campesinos y obreros trasladados á los campos de batalla, no llevaban consigo el primer día sino la ignorancia, la indisciplina y los terrores pánicos, efectos naturales de una mala organización. Los representantes, que veían la agitación de las pasiones revolucionarias en los campamentos, exigían con frecuencia lo imposible, cometiendo iniquidades con intrépidos generales. Dumouriez, Custine, Houchard, Brunet, Canclaux y Jourdan perecieron ó se retiraron ante aquel torrente; pero en un mes los obreros se convertían en jacobinos declamadores, en soldados dóciles y valerosos; y los representantes, comunicando una audacia y una voluntad extraordinarias á los ejércitos, y á fuerza de exigencias y de cambios, acababan por encontrar los genios audaces que convenían á las circunstancias.

Un hombre vino por fin á regularizar este gran movimiento, y fué Carnot. Oficial de ingenieros en otro tiempo, y después individuo de la Convención y del comité de salvación pública, y participando en cierto modo de su inviolabilidad, pudo introducir impunemente orden en operaciones demasiado desordenadas, y comunicarlas sobre todo una uniformidad, que antes de él no hubiera osado imponer ministro alguno por temor de no ser obedecido. Una de las principales causas de nuestros reveses anteriores era el trastorno que acompañaba á una gran fermentación. Establecido el comité, y ya irresistible, y revestido Carnot de toda la influencia de aquél, obedeció al pensamiento del hombre sabio, que, calculando sobre el conjunto, prescribía movimientos perfectamente coordinados entre sí, que tendían al mismo objeto. Los generales no podían ya, como Dumouriez y Custine lo habían hecho en otro tiempo, obrar cada cual por su lado, atrayendo á sí toda la guerra y todos los medios. No les era tampoco dado á los representantes disponer ni contrariar las maniobras, ni modificar las órdenes superiores: era preciso obedecer la voluntad suprema del comité, conformándose con el plan uniforme que había prescrito. Situado así en el centro, dominando sobre todas las fronteras, el espíritu de

Carnot debió elevarse y explayarse, y hubo de concebir vastos planes, en los que la prudencia se conciliaba con la audacia. Las instrucciones enviadas á Houchard son una prueba de ello. Sin duda que sus planes tenían algunas veces el inconveniente de los que se forman en un despacho; cuando sus órdenes llegaban no eran siempre oportunas para la localidad ni factibles en el momento, pero compensaban por el conjunto el inconveniente de los detalles, asegurándonos para el año siguiente generales triunfos.

Carnot había corrido á la frontera del Norte después de Jourdan, pues habíase adoptado la resolución de atacar atrevidamente al enemigo aunque pareciese formidable. Carnot pidió un plano al general para juzgar de sus miras y conciliarlas con el comité, es decir, con las suyas. Los coligados, que habían vuelto de Dunkerque hacia el centro de la línea, habíanse reunido entre el Escalda y el Mosela, formando un cuerpo de ejército temible, que podía dar golpes decisivos. Ya hemos dado á conocer el teatro de la guerra; varias líneas dividen el espacio comprendido entre el Mosela y el mar: son el Lys, el Escarpa, el Escalda y el Sambre. Al apoderarse los aliados de Condé y Valenciennes, habíanse asegurado dos puntos importantes en el Escalda; el Quesnoy, que acababan de tomar, les daba un apoyo entre aquel río y el Sambre; pero no tenían ninguno en este último, y entonces pensaron en Maubeuge, que por su posición sobre el Sambre les hubiera hecho casi dueños del espacio comprendido entre este río y el Mosela. Al inaugurarse la campaña próxima, Valenciennes y Maubeuge hubieran constituido para ellos una excelente base de operaciones, y su campaña de 1793 no sería completamente inútil. Su último proyecto consistió, pues, en ocupar á Maubeuge.

Por parte de los franceses, en los que comenzaba á desarrollarse el espíritu de combinación, imaginóse operar por Lila y Maubeuge, en las dos alas del enemigo, y rebasando así sus dos flancos, esperábase arrollar su centro. Ciertamente de este modo se exponían á sufrir todo su esfuerzo en una ú otra de las dos alas dejándose toda la ventaja del número; pero había en rigor menos rutina en esta concepción que en las anteriores. Sin embargo, lo más urgente era socorrer á Maubeuge, y Jourdan, dejando unos cincuenta mil hombres en los campamentos de Gavrelle, de Lila y de Cassel, para formar su ala izquierda, reunía en Guisa el mayor número de hombres posible. Había formado un cuerpo de ejército de unos cuarenta y cinco mil hombres, ya organizados, y hacía regimenter á toda prisa á los nuevos quintos que procedían del alistamiento permanente. Sin embargo, reinaba entre éstos tal desorden, que fué preciso dejar destacamentos de tropas de línea para guardarlos. Jourdan fijó, pues, en Guisa el punto de reunión de todos los reclutas, y avanzó con cinco columnas en socorro de Maubeuge.

El enemigo había cercado ya la plaza, que así como las de Valenciennes y de Lila, se apoyaba en un campamento atrincherado en la orilla derecha del Sambre, en el lado mismo por donde avanzaban los franceses. Dos divisiones, las de los generales Desjardins y Mayer, guardaban la corriente del Sambre, una más allá y la otra más acá de Maubeuge. El enemigo, en vez de avanzar en dos columnas cerradas, para rechazar á Des-